

Y con los más pequeños?
Susana Kuras Mauer

Taza, taza, ¡cada uno en su casa! La energía parental del día 1 de aislamiento va disminuyendo. Los niños pequeños, aun antes del año, piden salir. Necesitan sus salidas, su paseo en cochecito, aire, movimiento, actividad, descarga. Los días pasan lento, y en el sube y baja anímico de la familia aparecen berrinches del chiquito, noches y sueño alterado, peleas de hermanitos, gritos de padres.

En pijama y con su mochilita al hombro, Helena de 14 meses pedía “mamo, mamo” pegada a la puerta de calle. No hay afuera, y no hay para ellos razón que lo justifique. Las ansiedades claustrofóbicas crecen cada día, la incertidumbre empieza a dolernos.

Sin duda, la bendición de bebés lactantes de poder tener a sus papás full time en casa, es un lujo para valorar. Pero los escenarios se presentan hoy con preocupaciones que nos eclipsan algunos beneficios secundarios tan valiosos como este.

A partir del año, con la conquista de la marcha, el desplazamiento, la posibilidad de trepar –aunque sea la escalera doméstica-, saltar, expresarse con el cuerpo son necesidades vitales. El lenguaje de la primera infancia es de juego, es de acción. Frente a la restricción, hay una inevitable frustración que cuando se acumula produce irritabilidad. Y de ahí al berrinche, la distancia es corta. Son días en los que la paciencia y la tolerancia escasean.

Si algo tenemos que cuidar hoy es el clima emocional de esta convivencia casera. La angustia de los padres es intermitente, y va oscilando en distintos momentos del día.

Estamos frente a un nuevo aprendizaje todos, pero niños pequeños necesitan los rituales de la cotidianidad porque son organizadores psíquicos insoslayables. Las familias padecen un sentimiento de extrañamiento: los paisajes y ruidos del adentro y del afuera no los reconocemos. Todos los referentes de espacio y tiempo que nos ubican en la realidad están alterados. Pero hay que devolverle al día de semana un perfil con bordes más nítidos. Lo cotidiano tiene sentido, la identidad del lunes pide un orden. Sobre todo

porque estamos en casa trabajando, con los chicos respondiendo a una vida escolar trastocada, asignar horarios y buscar cumplirlos va a ayudar a todos. Esta segunda semana de aislamiento pide de los padres, pautas algo más pulidas en las consignas a los pequeños. El equipo parental tendrá que armar un organigrama cada día más funcional. Vestirse, lavarse, y disponerse a empezar un día activo, aun sin agarrar las llaves y la cartera para salir.

“Pero si nadie sale, ¿quién se va a contagiar?”. Razonamientos tan lúcidos como el de este niño conviven con otros disparatados como “se van a morir todos los viejitos” o “si toses te va a agarrar coronavirus”

Fluctuamos entre la calma y la desesperación. Los malentendidos de los niños, que se arman con recortes de lo que escuchan del mundo adulto son motivo de sustos y angustias. Los pequeños también están en estado de alerta.

Alternar entre los padres, tareas, contención, momentos de juego más activo, otros más calmos, ratos de bañadera variando juguetes para entretener, serán los recursos accesibles para atravesar el confinamiento. Contar cuentos, bailar juntos, cantar, son actividades poco frecuentadas en la vida contemporánea justamente por falta de tiempo.

Para los más pequeños, la veda del mundo externo es incomprensible. Ni que hablar para aquellos que cumplen años en cuarentena.

Mientras tanto, la creatividad es la mejor aliada para tornar más llevadero el encierro. Aquello del “Reino del revés” se nos ha hecho carne. Evocando a María Elena Walsh, hasta una abuela puede leer a distancia un capítulo diario de Daylan Kifki a su nieto de 5. Hay familias que organizan actividades participativas como cocinar, ordenar juguetes, alacenas, zapatos, en las que van juntando puntos y premios simbólicos. Hay hermanos que, además de tirarse de los pelos están aprendiendo a jugar juntos.

Quizás, la potencia de este shock viral sea la de haber podido frenar al planeta entero de tanta aceleración, estrés, atropello. El virus nos paró a todos. Bajamos el ritmo, nos obliga a reflexionar. No saldremos de esta crisis sin una transformación profunda, nuestra percepción de la vida va a ser otra. Ya está mutando.

